

*José Antonio Espina Barrio (1995),
«Psicodrama. Nacimiento y desarrollo»*

JOSÉ MARÍA LÓPEZ SÁNCHEZ

Aburrido de una Universidad que decía serlo, mis años de estudiante universitario estuvieron lo más lejos posible de aquellas aulas donde se cultivaban el tedio intelectual, la compulsión a la repetición y los esquemas más desprovistos de vida que pudieran encontrarse. (Por cierto, muchos años después, la Universidad de este país ha conseguido un récord sorprendente: ser peor de lo que era antes). Y como todo aquello amenazaba la vigencia de mis veinte años, buena parte de ese tiempo se me fue en vivir las cuestiones que esa época cultural, social y política planteaba a sus jóvenes. Así que me ocupaba en el teatro universitario en Granada, me asomaba al mundo profesional del teatro en Madrid (allí asistí a una emblemática reunión con polémica A. Sastre-A. Buero, teatro de confrontación-teatro posible, en un Colegio Mayor, antes de los 60), o desempeñaba programas culturales de radio, o escribía en revistas universitarias de la época. Sentía la veracidad de «¿Qué es la literatura?» de J. P. Sartre y creía (tan legítimamente como mis compañeros creían que la fractura de Colles era reductible) que el mundo que se me mostraba también era reductible y modificable en sus aspectos más hirientes. De forma que cuando yo montaba y dirigía «Esperando a Godot» lo hacía en la certeza de que el teatro era terapéutico. Aquella idea también venía del pensamiento griego y su dramática. Y crecía conmigo, que en verdad pensaba que todo lo que hacía era terapéutico.

Entonces llegó el Teatro Terapéutico. Siendo estudiante de Medicina me lo contó un compañero de curso y amigo (luego, ahora, paidopsiquiatra y psicoanalista en Madrid, el doctor Carlos Cobo Medina). En unas actividades culturales que yo organizaba por entonces, en ámbitos universitarios, pedí un día a mi amigo Carlos Cobo que diese una conferencia